

Profesora: Ruth Millahueque M.

Asignatura: Religión Católica.

Objetivo: Descubrir que el respeto me aleja de la violencia.

UNA PEQUEÑA HISTORIA

Érase una vez... un chico con mal carácter. Siempre hay alguno así, de esos que siempre están quejándose, gritando, protestando y recriminando a los demás su comportamiento cuando a él no le gusta. A veces golpean, y casi siempre humillan a los otros, lo cual duele más que una bofetada. Su padre le dio un saco de clavos y le dijo que clavara uno en la verja del jardín cada vez que perdiera la paciencia y se enfadara con alguien. Él lo pensó bien y vio que su padre tenía razón. Tenía que cambiar. El primer día clavó 37 clavos. Durante las semanas siguientes se concentró en controlarse y día a día disminuyó la cantidad de clavos nuevos en la verja. Había descubierto que era más fácil controlarse que clavar clavos. Finalmente llegó un día en el que ya no clavaba ningún nuevo clavo. Entonces fue a ver a su padre para explicárselo. Su padre le dijo entonces que era el momento de quitar un clavo por cada día que no perdiera la paciencia. Los días pasaron y finalmente el chico pudo decir a su padre que había quitado todos los clavos de la verja. El padre condujo a su hijo hasta la verja y le dijo: «-Hijo mío, te ha comportado muy bien, pero mira todos los agujeros que han quedado en la verja. Y nunca será como antes. Cuando discutes con alguien y le dices cualquier cosa ofensiva le dejas una herida como ésta. Puedes clavar una navaja a un hombre y después retirarla, pero siempre quedará la herida. A pesar de las veces que le pidas perdón -y debes hacerlo siempre-, la marca de la herida permanecerá. Una herida provocada con la palabra hace tanto daño como una herida física.»

Y por eso también es importante saber olvidar las ofensas que se nos hicieron. Pero olvidarlas de verdad, para no volver a utilizarlas nunca como reproche cuando nos volvamos a sentir ofendidos. Porque entonces las heridas vuelven a abrirse. Los amigos son joyas raras de encontrar. Están listos para escucharte cuando

tienes necesidad. Te sostienen y te abren su corazón. Cúdalos.

Enseña a tus amigos cómo les quieres... y les respetas. Evita humillarles y quedar tú por encima. Respétalos siempre, aunque no debas darles la razón cuando están en el error. Discrepa sin herir. Son personas, como tú. Piensa a menudo cómo te sentirías tú en su lugar. Y obra en consecuencia.

Pero no se trata sólo de los amigos... Hay más gente en el mundo, a la que le afecta, para bien o para mal, lo que hacemos y decimos. Hay una regla de oro, un principio moral básico que sirve para actuar con respeto: **TRATA A LOS DEMÁS SÓLO COMO DESEAS SER TRATADO.**

Es en realidad una forma de decir: Respeto, respeto, respeto... Trata a los demás como personas.

Instrucciones de trabajo:

Después de hacer una lectura personal, reflexiona sobre el contenido y subraya las palabras e ideas principales que sin duda te ayudarán a contestar las preguntas que se hacen a continuación, las cuales tienen como finalidad comprobar que has comprendido el contenido del texto, y que eres capaz de sacar tus propias conclusiones de forma razonada e inteligente. Responde en tu cuaderno.

1. ¿Cuál era el problema principal del protagonista del relato?
2. ¿Qué dos cosas le mandó el padre al chico?
3. ¿Qué lección quiso enseñar el padre al chico protagonista de la narración?
4. ¿Qué conclusión saca el texto al final?
5. Es importante olvidar las ofensas que nos hacen, pero no siempre es fácil. ¿Qué puede pasar cuando alguien las guarda dentro, sin olvidarlas, durante mucho tiempo?
6. ¿Es lo mismo respetar a una persona que darle la razón (aunque no la tenga)? ¿Por qué?
7. ¿Con qué regla o principio moral guarda el respeto una relación directa?
8. Si una ofensa no se cura simplemente pidiendo perdón (aunque haya que pedirlo cuando hemos ofendido a alguien), ¿qué será lo más adecuado siempre?

